

ESTUDIOS

LO ECONOMICO Y LO SOCIAL DENTRO DEL PATRONADO ESPAÑOL

"La gran miseria del orden social está en que no es profundamente cristiano ni realmente humano, sino únicamente técnico y económico; y que no descansa precisamente sobre lo que debiera ser su base y el fundamento sólido de su unidad; es decir, el carácter común de hombres por la naturaleza, y de hijos de Dios por la gracia de la divina adopción." Pío XII (Aloc. de 31 de enero de 1952.)

NADIE negará la buena voluntad y, en muchos casos, la recta conciencia de algunos patronos españoles en relación con sus trabajadores; pero, de todas maneras, es tal la lucha que se realiza en la inmensa mayoría de ellos entre sus aspiraciones económicas y sus obligaciones sociales, que creemos ineludible ponerla de relieve en cuanto nos sea posible.

I

Ante todo, vamos a distinguir y a poner en su propio sitio lo *económico* y lo *social*. Siendo el orden social un fin de la sociedad y del Estado, lo social es ciencia de fines, de normas, de obligaciones, a las cuales han de subordinarse forzosamente los medios que a ellos conduzcan, aunque sean

económicos. Por el contrario, lo económico puede considerarse más bien como ciencia de medios, pues es la misma técnica que, elevando los bienes naturales a mayores utilidades por el trabajo, realza el bienestar de la humanidad. La técnica, al servicio de la inteligencia humana, aporta y usa estos medios para conseguir los fines deseados. La economía ha de tener también sus normas; no sólo las que la técnica le proporciona, sino también las de la Moral y, por consiguiente, de lo social.

Lo social, como ciencia de fines necesarios, está, por consiguiente, encima de lo económico, que es ciencia de medios; la paz social, el orden, el bienestar de la humanidad en todos los aspectos son fines a los cuales han de supeditarse las infinitas combinaciones que con el capital y el trabajo se hagan. Lo social, por lo tanto, del brazo con lo moral, prima sobre todo lo económico.

Los mismos autores de política social modernos—testigos, el profesor Manuel de Torres y Luis Einaudi, por no citar más que dos de suma actualidad—lo comprenden así.

* * *

El materialismo del día lleva a muchos patronos y no patronos a identificar lo social con la mejora puramente económica del mundo del trabajo. Enorme equivocación y cerrada miopía. Porque sin negar que esta mejora económica es un supuesto fundamental de la mejora social, hay que confesar que es demasiado estrecha para confundirse con la amplitud de lo social. En tal hipótesis, lo social sería únicamente mejora de condiciones de trabajo, elevación de salarios, suma de ventajas materiales del trabajador. El horizonte social es mucho más amplio, supone mucho más que una simple mejora material del mundo del trabajo: como que el bienestar de la humanidad no depende sólo de ella. Más bien es al contrario. Más bien la mejora económica sola, si no va acompañada de la mejora cultural y moral, daña enormemente.

En 1901 escribía León XIII estas significativas palabras:

“Aumentad el salario al obrero, disminuíd las horas de trabajo, reducid el precio de los alimentos; pero si, con esto, dejáis que el obrero oiga ciertas doctrinas y se mire en ciertos ejemplos que le inducen a la corrupción de costumbres y a perder el respeto debido a Dios, sus mismos trabajos y ganancias resultarán arruinados. La experiencia cotidiana enseña que muchos obreros de vida depravada y desprovistos de religión viven en deplorable miseria aunque con menos trabajo obtengan mayor salario” (*Graves de Communi*, n. 11). Toda la amarga experiencia del siglo XX no es sino mera confirmación de estas palabras: que si lo social no va más que a lo puramente económico, sin miras a las alturas morales, más que bienes, acarrea desgracias, lo mismo en el mundo del trabajo que en el del capital.

Por otra parte, lo económico y lo social deben ir perfectamente unidos, no sólo en orden de medios a fines, sino de necesaria unión y cooperación. Por mucho que venteen lo contrario las escuelas económicas medio ateas o laicas, la Moral no puede vivir separada de la Economía; porque si es cierto que en el mundo de los cálculos puede navegar sola la Economía, en cuanto toque tierra de realidades y tropiece con hombres de carne y hueso, forzosamente ha de encontrarse en un mundo moral en el que está totalmente metido y empapado el ser humano.

* * *

Apresurémonos a destruir también otro falso concepto de lo moral e inmoral. Entre muchos patronos y no patronos se estima inmoral únicamente lo que se opone al cumplimiento de deberes de la llamada justicia conmutativa, siendo así que este recorte y estrechamiento del concepto de lo moral es totalmente falso y arbitrario. Tan inmoral es el quebrantamiento de la caridad o de la justicia social como el de la justicia conmutativa. Lo moral y lo social, por consiguiente, vuelan por encima de la relación del debe y haber de dos personas en cuestión de puros contratos. Va mucho más allá. Muchos beneficios son totalmente inmorales aunque taxati-

vamente no hayan dañado a una persona quitándole de lo suyo, bastando para ello que aparezca dañada la justicia social o cualquiera otra virtud. Tan inmoral es la avaricia en el rico como el quebrantamiento de la palabra o del contrato en el pobre.

Estimase en algunos sectores que lo social quedará satisfecho en cuanto se busque y encuentre el punto de equilibrio del capital y del trabajo en orden al contentamiento de ambos. Una paz social puramente externa puede ser que se atenga a esta realidad, pero la paz social tiene límites mucho más amplios que no pueden reducirse a este equilibrio simplemente económico.

Aunque resulta que de ordinario el eterno descontento es el trabajo, se estima en general que únicamente el problema del trabajo es el que se ha de estudiar; sin percatarse de que el capital, en sus beneficios, es tan descontentadizo como el trabajo y tan avaro o más que él; si bien existe la diferencia entre ambos de que el trabajo, en masas organizadas, bulle, y daña el orden externo de la sociedad, mientras que el capital trata de arreglar sus diferencias en medios más íntimos y de menos apariencias, aunque no menos escandalosos.

Pero hay en tal concepción dos equivocaciones: La primera es que el puro equilibrio de dos bolsas no arregla la cuestión; entre hombres es preciso un equilibrio y unión no de bolsas sólo, sino de espíritus. La segunda es que el equilibrio no siempre falla por la parte obrera, sino también, a menudo, por la otra.

* * *

Surgen de estas ideas varias conclusiones que pueden sintetizarse así:

1. Ni lo económico puede separarse de lo social en el orden de la práctica, ni lo social de lo económico; ambos se ayudan y mutuamente se necesitan. Pero siendo lo social ciencia de fines y lo económico ciencia de medios, si en alguna ocasión hubiere una disputa entre ambos elementos, es justo que los fines ineludibles que hayan de realizarse en la sociedad se cumplan como sea, con los medios existentes.

2. Lo social no es ni puede ser únicamente mejora económica, sino, sobre todo, cultural y moral; ni afecta solamente al mundo del trabajo, sino a los dos contendientes que se llaman capital y trabajo. Por eso la gran miseria del orden social está en identificarlo con la mejora de la técnica y la elevación de un confort material (Pío XII).

3. El equilibrio no ha de buscarse solamente en una reforma del trabajo, sino también del patrono. Cada cual tiene que mejorarse y mejorar y perfeccionar sus propios medios.

De aquí aparece claramente cuán unilateralmente se habla cuando se dice que todo el problema español es problema de productividad, y que siendo España un país pobre, no puede, mientras no suban sus rentas y medios económicos, mejorar socialmente. Si lo social fuera puro mejoramiento económico, y si la productividad fuera únicamente, mayor trabajo del obrero y no mejora del capital, y de técnica, y de ambiente, y de medios de trabajo, todo ello tendría algún valor; de otro modo no lo tiene.

II.—*Métodos de reforma*

¿Cómo se ha buscado entre los patronos la reforma en el trabajo?

Pueden distinguirse tres estadios en la moderna evolución del mundo en orden a la reforma del trabajo.

1. *Estadio económico.*—Se creyó que con el progreso técnico de la Economía todo quedaba realizado; se aceptaron como dogma de fe los métodos de Taylor y de Fayol, con todas las derivaciones de ambas escuelas; se pensó que aumentando el ritmo de la productividad por un encaje más íntimo de las operaciones económicas del obrero, todo había de subir. Pero al darse cuenta los obreros de que todos aquellos métodos iban, en el fondo, a estrujarlos, aumentando el rendimiento, pero no quizás proporcionalmente su salario, se volvieron en contra de ellos. El taylorismo iba a dar muchos más beneficios al patrono que al obrero. En líneas generales, el taylorismo quedó relegado a segundo término.

2. *Estadio psicológico.*—Pensaron los economistas en que no podía prescindirse en la racionalización del trabajo de un profundo estudio de la psicología humana. Pensaron bien. No en vano el padre de la Economía, Adam Smith, había sido profesor de psicología. ¿Qué duda cabe que tanto los trabajos de orientación profesional como los referentes al conocimiento exacto de las realidades psíquicas del obrero son interesantísimos?

Los psicólogos, por su parte, se volcaron en estos estudios. ¿Por qué no aprovechar las enseñanzas de la fisiología y de la psicología, sobre todo de la comparada, para llegar a conocer más a fondo la realidad anímica del trabajador y del propietario, y conforme a ella conseguir un mayor bienestar no solamente económico, como pretendía el taylorismo, sino también espiritual?

Sin duda ninguna que este estadio favoreció en gran parte al individuo, y aportó conocimientos magníficos para las realidades que se buscaban.

3. Se entró luego en otro tercer estadio, que llamaremos el *estadio social*. Va más al fondo. Consiste en el estudio del obrero y del patrono en el aspecto social, como sujetos de empresa, como factores de masa, como miembros de familia, como situados en ambientes y climas específicamente propios, y al mismo tiempo influyentes, a la continua, en el bienestar o en el malestar de la vida. Ya ni lo económico ni lo social miran solamente el punto de vista del dinero ni el punto de vista puramente espiritual e individual, sino que, andando más allá, se llega al conocimiento de más hondas realidades e influencias en la reforma social.

Dígase lo mismo del patrono. Su vida de familia rica, de amigos ricos, de clubs ricos, de diversiones costosas y a veces de inmoralidades gravosísimas en dinero están influyendo, ¿cómo no?, en su vida de trabajo, en su cicatería de taller para reponer otros fondos, en mil circunstancias especiales que agrían su ánimo o, por lo menos, le quitan la serenidad de juicio y amplitud de visión.

Hacia 1949 surge con fuertes reacciones este estadio social en las empresas americanas, sobre todo en la doctrina que se llama *del factor humano en la industria* (Humans factors in industry). Fué una asociación inglesa (British Association's Division for social and international relations science) la que comenzó a investigar en la Universidad de Liverpool, y luego en el Instituto Tavistok, estas cuestiones. Las Universidades americanas, sobre todo las de Yale y Massachusetts, entran por el mismo camino, y bautizaron la nueva ciencia como ciencia de *relaciones industriales* (Industrial Relations), o también, *del factor humano en la industria* (Human Factor in Bussines). Se abre otra era.

Para juzgar de su valor, sin entrar por ahora en el fondo de la cuestión, es interesante el testimonio en este aspecto del P. Agustín Gemelli, Rector de la Universidad católica de Milán. Ansioso de hallar por medio de la ciencia este punto de equilibrio del capital y del trabajo, psicólogo como era por carrera y por afición, comenzó a desarrollar el estudio psicológico de los trabajadores, creyendo que con ello llegaría a la meta deseada. Su equivocación, lo confiesa él, fué enorme. Únicamente estudiando el ambiente social del trabajador es como efectivamente él cree que se debe llegar a la realidad deseada. (A. Gemelli, *Fattore umano o fattore sociale del lavoro*, en "Rivista Internazionale di Scienze sociali", 1950, págs. 423-441.)

Es decir, que hay que estudiar el ambiente del trabajador en su casa, en el sindicato, en su situación económica, en todos los factores que le rodean para comprender cómo todos ellos están influyendo sobre un hombre que cuando va a trabajar a favor del patrono no puede desprenderse de esas cargas afectivas que le rodean y le empapan. Naturalmente lo mismo ha de decirse del patrono.

Tomando como guías el artículo arriba citado y el de E. Daya que más abajo indico, es conveniente citar el libro publicado en Nueva York en 1949, intitulado *Relaciones humanas e nlos negocios modernos* (*Human Relation in Modern Bussines*. A Guide for Action sponsored by American Bussi-

nes Leaders-Prentice Hall, New York, 1949), escrito por los líderes de los negocios americanos tenidos como grandes señores en potencialidad, en dinero y en eficiencia industrial.

“Existe en el empleado—se dice en el libro—el sentimiento de la dignidad humana, la conciencia del individuo de poseer derechos humanos fundamentales que los demás deben respetar. A este sentimiento de dignidad se unen factores emocionales complejos, como la necesidad de progresar, de ver recompensados sus esfuerzos y de tener la satisfacción de ejercer en el mundo una función social” (págs. 2-3).

Más adelante, el mismo libro habla así: “En segundo lugar, el hombre tiene necesidad de la estima por parte de los demás, desea que se le trate como a un ser humano... En tercer lugar, tiene el espíritu de conservación suyo y de su familia de un modo digno en cuanto a su alimentación, habitación y demás bienes de que puede gozar... En cuarto lugar, siente también una necesidad de seguridad, de ver su destino asegurado... Finalmente, posee tendencias e instintos sociales que le hacen desear asociarse a sus semejantes para trabajar con ellos en empresas útiles.”

Las ideas, no por ser corrientes dejan de ser fundamentales y dignísimas de atención en todo momento por parte de los patronos. “Si el sociólogo tiene en la industria una virtud—dice Willert E. Moore (*Industrial relations and the social Order*, New York, 1946, MacMillan)—, ésta debe ser la de abrazar el complejo industrial como organización en pleno trabajo, compuesta de personas ligadas por distintas formaciones, y a la vez como organización que de una u otra manera se refiere a otras organizaciones, a la colectividad y a su conjunto” (pág. 5), o lo que es lo mismo, que el sociólogo no puede prescindir de esta vida que podríamos llamar social, de este complejo que se desarrolla en lo que llamamos nosotros humano, que sale a flor de tierra y que es menester orientar.

Interesantísimo a todo esto el artículo publicado en mayo último por E. Daya en la “Revista Internacional del Trabajo”, resumiendo, concretando y ampliando estas mismas ideas (*Les relations humaines dans l'industrie*, en “Re-

vue International du Travail", mayo de 1952, págs. 613-635).

III

Podríamos, por consiguiente, decir que en España, quizá en todo el mundo, hay un predominio de lo individual sobre lo social. ¿Que el empresario, el dirigente, el obrero miran a su propio beneficio más que al beneficio social de la misma empresa? Sin duda. Hagamos esta pregunta, decía un gran patrono: ¿Cuánto tiempo dedica usted al estudio de sus propios negocios? Contestación: Ocho, diez horas... ¿Cuánto tiempo dedica usted al estudio de sus empleados y de sus trabajadores? Quizás nada o casi nada. ¿Convendría alterar esta proporción? Indiscutiblemente.

Si en vez de dedicar el noventa y nueve por ciento de su tiempo a las mejoras técnicas y comerciales, y uno por ciento a la mejora humana, sucediera lo contrario, o por lo menos algo muy distinto, mejoraría el equilibrio de trabajo y capital en su empresa.

Puede haber y hay muchas veces un predominio del hoy sobre el mañana.

—¿Qué es lo que usted quiere?

—Ganar.

—¿Cuándo?

—Hoy mejor que mañana.

Frank Abrahams, Presidente de la Standard Oil, dice en la revista de negocios de la Universidad de Harvard de mayo de 1951 estas palabras: "Ninguna entidad puede prosperar a la larga si sólo se piensa en hacer todo el dinero posible, de la manera más fácil posible, sin respetar otros valores. Las empresas modernas que saben desarrollar un buen sentido social, a la vez que un buen sentido del negocio, alcanzarán una mayor estabilidad, por contribuir a hallar un camino de vida satisfactorio para los hombres y mujeres que trabajen por ella" (*Responsabilities in a complex World*, en "Harvard Bussines Review", mayo 1951, pág. 31).

Es decir, la miseria del orden social está en el exclusivo empleo de la técnica (Pío XII).

De este desarrollo del predominio del estudio del negocio sobre el del hombre, del predominio del *hoy* sobre el *mañana*, nace indiscutiblemente un vicio corriente que en el patrono lo corroe todo: la avaricia y tacañería. El avaro y el tacaño son esclavos del dinero. Los hijos de Dios no pueden ni deben ser esclavos de nadie.

IV

Con ello llegamos al fin de este artículo.

Supuesto que las obligaciones sociales de patronos y de obreros, en su esfera y orden, son mucho más amplias que las económicas; y supuesto al mismo tiempo que esta consideración del factor humano social y una debida atención a ello son verdaderamente indispensables, nos tenemos que preguntar por qué la paz social no avanza como debiera en la vida íntima e interna de las relaciones obrero-patronales.

Es que lo *económico*, el *hoy*, lo *mío*, están primando sobre lo *social*, el *mañana* y lo de *todos*.

Los patronos están pensando en apretar al mundo del trabajo, exigiendo como norma de los tiempos una mayor productividad, es decir, un trabajo más intenso, más largo, y si a mano viene, menos remunerado, para que así la productividad sea mayor (y su beneficio propio también), sin parar mientes en que la productividad es factor incomparablemente más propio del patrono que del obrero. La productividad norteamericana no depende de un mayor número de horas de trabajo, sino de un mejor equipo de capital, un ambiente en los talleres y fábricas más humano, una cantidad de potencialidad económica más grande. Se calcula que cada americano trabaja al mismo tiempo con ocho caballos de fuerza, mientras que un europeo trabaja con uno y un español con...

Los obreros, por su parte, también trabajan lo menos posible, pensando que lo hacen para *otro* y que ganan poco, cuando lo primero es verdad solamente en parte, y lo segun-

do, quizá también verdad, depende a veces de ellos mismos y de otras muchas circunstancias, a veces ajenas al patrono.

En el patrono lucha generalmente la avaricia con la generosidad, y vence la avaricia; quiere jornales menores, beneficios mayores, dividendos más altos, con menor trabajo; busca lo suyo, y ante este ídolo del dinero se inclina. El trabajador, por su parte, busca también el descanso máximo y el trabajo mínimo, y en su caso, el fraude mayor o menor según sus posibilidades. También en él prima... lo económico sobre lo social.

Con cuánta razón decía Pío XII en una Alocución de 31 de enero de 1952 a los patronos: "Este oficio, este ideal, os hemos dicho, es el ejercicio pleno, elevado, cristiano de vuestra empresa, penetrado por sentimientos humanos en la más alta y más amplia acepción de la palabra. Es necesario que este sentido humano penetre como la gota de aceite en el engranaje de todos los miembros y órganos de la empresa, en los jefes, en los colaboradores, en los empleados, en los trabajadores de todos los grados, desde el artesano y desde el obrero especializado hasta el más modesto peón."

El mundo económico se olvida del mundo moral, de que los trabajadores y patronos son hijos de Dios. Y busca con sólo la técnica la paz, y no la encuentra ni la encontrará, mientras no se desposea de su laicismo vergonzoso y de su sórdida avaricia.

La gran miseria del orden social está, pues, en que queriendo ser puramente técnico, no es ni cristiano ni humano.

JOAQUÍN AZPIAZU

